

Una experiencia extraordinaria Ritual en la gruta Itzincab

Carlos Evia Cervantes*

El sábado 8 de noviembre pasado un grupo de alumnos de la Facultad de Ciencias Antropológicas encabezados por Daniel Ayuso Castro me condujo a un acto ceremonial que sería dedicado a la Luna. Atravesamos el sur de la ciudad hasta llegar a la población de Itzincab. Eran las 6:30 de la tarde cuando dejamos el vehículo en el cabo de la comunidad; a esa hora ya no podíamos ver sin la ayuda de nuestras lámparas. Formamos una fila e iniciamos una caminata por una brecha recién abierta acompañados por el fuerte y exquisito olor a tierra húmeda.

Estábamos pendientes de la Luna pues se había anunciado un eclipse y nos percatamos que el satélite empezaba a ser cubierto por la sombra de la Tierra. Seguimos avanzando por el sendero que cada vez se hacía más estrecho y después de un tiempo llegamos a un terreno amplio que había sido abierto en la maleza por los miembros del Consejo Popular Juvenil Guerreros Urbanos A.C., organizadores del acto ritual. En el centro del área estaban ya algunos *guerreros* y en uno de los extremos de esta explanada se veía la entrada a una caverna.

El eclipse lunar continuaba su curso. Los *guerreros* tomaron sus instrumentos musicales para dar inicio al acto en tanto que nosotros buscábamos asientos en las piedras. Las primeras notas sirvieron para llamar a otros miembros del Consejo que se acercaban guiados especialmente por los sonidos de las percusiones. De pronto, se encendieron dos grandes fogatas, acto que permitió que la ceremonia pasara a la fase de plenitud con los ejecutantes alineados en torno a un círculo de piedras hecho en el centro, el cual delimitaba el espacio ritual.

Sin darme cuenta, de la oscuridad surgieron más jóvenes y personas mayores que se acercaron respetuosamente al área despejada, la cual, delimitada por los arbustos, formaba una especie de teatro pétreo vegetal al aire libre. Apareció el chamán tocando su caracol, a manera de saludo, hacia los dioses de los cuatro puntos cardinales representados cada uno por una persona; todos estaban ataviados con taparrabos y penachos a la usanza prehispánica. El solemne tono del caracol se expandió en la atmósfera junto con los aromas de las yerbas que se consumían en el fuego.

De la brecha por donde nosotros vinimos surgieron más personas que silenciosamente se iban acomodando para presenciar todo. La música y el canto en lengua maya atraparon la atención de todos, más aun cuando el chamán fue iluminado por las fogatas mientras danzaba al ritmo de los tambores sin salirse del círculo. El poder de las percusiones retumbaba en toda la naturaleza nocturna entibiada por las fuentes ígneas de las cuales parecían salir los espíritus del monte.

Al terminar, el danzante dijo a todos que el pueblo maya honraba de esta manera a la Luna y a las fuerzas naturales que dan vida al planeta; recordó que la herencia de los antepasados vive en nosotros y por eso estábamos juntos en esa noche. De inmediato, ellos se internaron en la caverna cercana para saludar también al elemento Dador de Vida y símbolo universal de la fertilidad: el agua.

Poco a poco, nosotros también entramos a la gruta en donde ya se encontraban otros jóvenes que nos



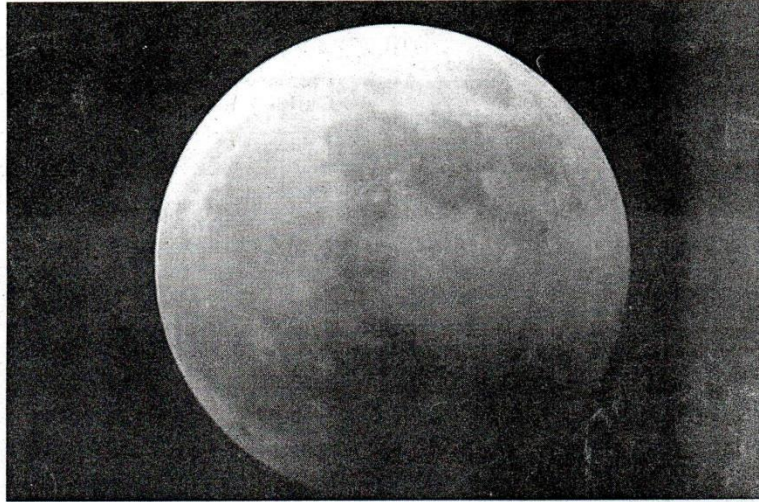
* Profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la UADY.

ayudaron a transitar en el estrecho subterráneo. En el techo y en las paredes se veían múltiples restos fósiles marinos atrapados en las milenarias paredes calizas. La altura de la cueva se fue haciendo cada vez menor hasta llegar a la orilla de un cuerpo de agua proveniente del manto freático.

Mientras los *guerreros* y otros asistentes se refrescaban en las aguas del cenote iluminadas por las antorchas, nosotros mirábamos los conductos que el subterráneo prometía para una futura exploración. Cuando iniciamos el retorno hacia la salida pude ver con toda claridad que la escalinata de acceso tenía toda la traza de haber sido construida por los mayas prehispánicos, pues el tamaño, las formas rectangulares y la disposición física de los escalones no son obra de la naturaleza. Esto me permitió suponer que esta cueva probablemente ha sido utilizada desde hace varios cientos de años, lo que agrega mayor importancia a la preocupación de mis nuevos amigos por proteger esta cavidad y su entorno inmediato.

Según Francisco Matos Campos, alias *El Rocky*, líder visible de los *guerreros* y chamán de esa noche, el lugar para celebrar el ritual fue elegido precisamente por la presencia de la cueva y ellos se habían hecho cargo del cuidado de la misma.

Cuando salimos de la gruta nos esperaba otra sorpresa. Armados con sus instrumentos, que por cierto ellos mismos fabrican, los *guerreros* dieron inicio a una sesión de música tribal africana. En medio de esta segunda sesión, uno de los muchachos dijo que la ofrenda musical dedicada a la Luna también era para



pedir a la Madre Tierra sea generosa con sus hijos mostrando su fertilidad con la abundancia de los frutos. Agregó que tanto en África como en Yucatán se necesitaba del favor de las deidades para que los hombres logaran sus cosechas y por lo tanto la subsistencia de la humanidad. Miramos hacia el cielo y vimos que la Luna había sido eclipsada totalmente.

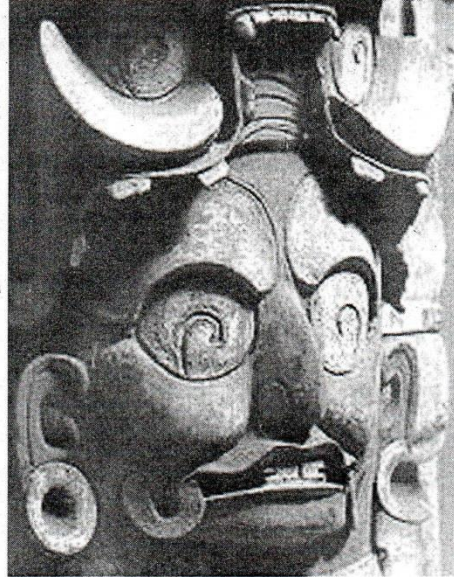
Al reiniciarse la música muchos no pudimos resistir el candente estímulo de los ritmos africanos; entonces bailaron los cuerpos, bailaron los espíritus arrasados todos por el ímpetu de los tambores. Cuando llegamos a la saturación emocional detuvimos esta experiencia totalmente fuera de la rutina diaria. Al despedirnos casi no veíamos los rostros de cada quien pero a través de nuestras manos se sentía la calidez de la fraternidad que se había generado entre todos.

Mientras caminaba sobre la brecha hacia la población escuchaba los ruidos de los vehículos que pasaban por carreteras cercanas. Meditaba sobre la enorme diferencia que hay entre los informes que vienen de mis alumnos y el valor de la experiencia sensorial misma que me había enriquecido el espíritu esa noche. La evidente presencia de los símbolos ancestrales como el agua, la gruta y la tierra estaban mostrando su persistencia en las comunidades ya casi urbanas amalgamándose con las formas modernas de vida que exigen pautas de conducta distintas a las tradicionales. En este caso, la conciencia de lo nuestro, la música maya y la tribal africana se dieron cita en torno al agua de la cueva ubicada en un punto que fue convalidado por la geo-

grafía y la cultura al mismo tiempo para saludar a la Diosa Luna y rezar a la Madre Tierra.

Poco a poco los resplandores de la ciudad me obligaron a cambiar la atención hacia el espacio urbano que crece inexorable hacia las regiones sagradas de muchas otras tribus de guerreros que luchan por sus ideales. Gracias por la experiencia.

11 de noviembre del 2003



Dios Chaac